



EL INFIERNO
DE LOS AMANTES CRUELES

Diego Mira

EL INFIERNO
DE LOS AMANTES CRUELES



Primera edición: marzo de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Diego Mira

ISBN: 978-84-18250-06-4

ISBN digital: 978-84-18250-07-1

Depósito legal: M-7835-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis amigos y familiares,
especialmente a mi querida madre,
que me apostó cien euros a que ella
nunca sería ludópata.*

Levantó la cabeza y me clavó la vista. Sus ojos eran como el *Guernica* de Picasso, transmitían puro horror por donde se los interpretara. Inspiró hondo aguantando con fijeza la mirada de un ser que arrastraba años de odio y rencor y, sin que se le deslizara una sola lágrima, se liberó del tortuoso peso que cargaba en la mochila de su conciencia:

—Fui yo quien disparó —confesó.

PRIMERA PARTE

LA BÚSQUEDA

«Los monos son demasiado buenos para
que el hombre pueda descender de ellos».

FRIEDRICH NIETZSCHE

1844–1900

1

Me corrí cuando casi deja de respirar. Luego, le saqué las bragas de la boca, que le había metido forzosamente para que los gritos no estropearan la *Quinta sinfonía* de Beethoven, y esta vez percibí en su rostro una expresión sumisa más que de exasperación. Me puse de pie, no sin antes decirle que la quería, y me sequé el sudor con la funda de la almohada. Mientras me abrochaba la hebilla del cinturón, posé la vista en el espejo, cuyo reflejo me devolvió una sonrisa encantadora.

Otra vez el mismo sueño con su indecorosa estética. Y otra vez me desperté sudado y de un sobresalto, como si el alma hubiese aterrizado de súbito en el cuerpo.

Cuando se encendieron las luces de la consciencia, giré la cabeza y observé a Julia. Ninfa inspiradora. Descansaba con un brazo sobre mi pecho, con el cabello pelirrojo extendido a lo largo de la almohada. Su fragancia floral se mezclaba con un tímido aroma a vainilla de una vela recién adormecida.

Entre los sonidos del silencio se escuchaban girar las manillas del antiguo reloj francés, que anunciaban las ocho de la mañana. Era el primer domingo de septiembre y el corazón de Madrid amanecía empapado por el rigor de una lluvia intensa que había hecho latir la ciudad durante casi toda la madrugada.

Aún medio entumecido abandoné la cama y con el impulso del segundo paso le di sin querer a una botella de vino vacía. Rodó por la alfombra gris descorchando los recuerdos pasionales de la noche anterior y se detuvo justo antes de golpear contra una de las

patas del escritorio, donde yacía recostada una copa marcada por la pintura de sus labios de fresa, el mismo sello que tenía estampado en varias partes de mi cuerpo.

Caminé hacia el baño para tomar una ducha fría. Al pasar enfrente del espejo, encajado en un marco ovalado de madera, vi encarcelada la mueca de una sonrisa estúpida. Más que burlona, había en ella cierto destello de felicidad compartida.

Tantas cosas había visto reflejadas en aquel espejo: había visto todas mis virtudes y pecados; había visto todos los sueños rotos renacer; había visto infinitas veces los ciclos de mi vida, más hostigados por la tragedia que laureados por la fortuna, pero nunca había visto al verdadero ser que estaba enfrente de mí. Era un espejo inquietante y, aunque obstinado en repetir todos mis movimientos por más nefastos que fueran, siempre mostraba a un hombre diferente al anterior. ¿Pero quién me aseguraba a mí que no era yo el idiota que vivía obedeciendo decisiones ajenas?

Una vez que salí de la ducha, me puse la bata negra de Hugo Boss que me había regalado, entre otros obsequios, la directora de una de aquellas casas de moda cuando le entregué una pintura por encargo, y luego me dirigí a la cocina a preparar un expreso doble.

Sobre la encimera de mármol una segunda botella de Viña Esmeralda me contaba la cantidad que bebimos con Julia durante la velada que había empezado con *sushi*, una preferencia de ella a la que yo accedía para complacerla, a pesar de mi devoción por la carne y el vino tinto.

Ya no bostezaba cuando regresé a la habitación. Miré con detenimiento a Julia: dormía enredada entre las sábanas, con una pierna inocente al descubierto. Suficiente para encender otra vez en mí una lujuria indomable. Pero no quise despertarla.

«¡Qué bonita y encantadora, es una princesa!», había dicho mi abuela cuando se la presenté una noche, deslumbrada por las primeras apariencias. Noche en la que me dije a mí mismo que no quería enamorarme, pero tampoco quería el olvido.

Con 1,74 de estatura, veintisiete años y un culo como una manzana, Julia Wallner era la pócima exacta de ternura y sensualidad. Sin embargo, aunque su rostro era el más angelical que nunca jamás había visto en mis treinta y seis años de vida, sus ojos azules desprendían una mirada tan provocativa como perversa. Hacía cinco meses que nos habíamos conocido; tiempo de sobra para sospechar que ella era el diablo.

¿De qué podía asustarme esa mujer? ¿Cuando en un futuro inminente echara de menos lo que un día creímos ser? ¿O el miedo de imaginarme en lo que me podría convertir? ¡Qué importaba! Ahí estaba ella, recostada en mi colchón de agua.

De tanto contemplarla me inspiró para comenzar un nuevo boceto: busqué un lápiz y una hoja de cartulina blanca y reproduje la figura de ella, cuyo resultado, algo vago pero armonioso, daba la sensación de que estaba levitando. La había dibujado con las alas desplegadas, como si fuera un ángel contorsionado, con la mirada reptiliana, desalmada, fría y vacía.

Las ráfagas de viento comenzaron a golpear con más fuerza la persiana de la habitación. Era el final de un verano atípico según recordaban las estadísticas meteorológicas en la capital de España. Abrí la ventana y se filtró un distinguido olor a humedad. Asomé la cabeza, diez pisos de altura y el último del edificio. Finalmente, con las manos abiertas y en alto, respiré la ciudad.

Después de tanta lucha y sacrificio, 2016 estaba siendo un gran año para mí. En mayo había presentado una obra importante con la que mi nombre había empezado a ser reconocido dentro del mundo de los pintores. Se trataba de un cuadro de 180 x 200 cm pintado al óleo sobre lienzo. El retrato transmitía la desagradable diferencia entre dos clases sociales y la desvergonzada indiferencia de aquellos afortunados ante la miseria de los otros. «Daniel Di Gennaro, la nueva revelación del realismo social», titulaba la prestigiosa revista *Art+Painters*.

No era el reconocimiento de los demás lo que me hacía fuerte y feliz, sino la sensación de tranquilidad, la profunda paz interior que

me generaba el hecho de saber que estaba recorriendo el camino que había elegido. Había arriesgado y peleado por lo que quería, porque siempre sostuve que, entre tímidos y audaces, son preferibles los imprudentes por hacer más que los reprimidos por lo que puedan pensar los demás o por no atreverse a arriesgar.

Era una paz que, no obstante, se truncaba en otro orden de mi vida.

Julia no tardó en abrir los ojos:

—Vuelve a la cama un ratito más —me dijo con voz dulce, tirándome el sujetador.

Levanté su corpiño del suelo con la punta del pie, con un gesto que rememoraba los años más ilustres de mi juventud con el balón, y acepté la invitación devolviéndole una pícaro sonrisa. En el momento en el que me quitaba la bata, entró una llamada en mi bendito teléfono. ¿Quién podría importunarme un domingo a las ocho y cuarenta de la mañana? Le di un beso a Julia y fui a coger el móvil, que se hallaba encima del escritorio, al lado de la réplica de un cuadro del maestro del Barroco: Caravaggio (la pintura se trataba de *David con la cabeza de Goliath*).

—Hola —atendí.

—¿Cómo estás, Dani? Soy Sebastián.

El hecho de que mi primo me llamara en ese momento era cuanto menos curioso, ya que, en Argentina, desde donde Sebastián me llamaba, había cinco horas menos con respecto a España.

—¡Primo! ¿Ha pasado algo?

—Te llamo porque tengo información...

Se produjo un silencio.

Sebastián trabajaba en un estudio jurídico en Buenos Aires y yo estaba al corriente de que se ocupaba, entre otras cosas, de las investigaciones de los «Juicios por la verdad» sobre la oscura época de la dictadura militar argentina. Desde que había empezado con esas investigaciones sentía cierta presión por devolvernos a nuestra abuela Catalina y a mí algo de justicia, porque siempre me hacía saber que no descansaría hasta encontrar a los culpables que habían torturado y asesinado a mis padres.

De hecho, hacía nueve días que en Argentina habían condenado, tras un juicio histórico, a treinta y ocho ex-oficiales del ejército militar argentino (veintiocho a cadena perpetua) por secuestros, torturas, violaciones y asesinatos. Pero no todos los culpables estaban encerrados. Muchos no habían sido identificados todavía, mientras que otros se habían fugado del país.

—Me he pasado toda la noche rastreando un asunto en particular —continuó mi primo—, por eso no quise decirte nada ayer.

—¿Decirme qué?

—Como sabes, estamos investigando a algunos...

—Sí, lo sé —le interrumpí—. ¿Y qué has averiguado?

—Escucha, creo que uno de los ex-represores, de nombre Alfredo Benedetto, vive en Madrid.

—¿En Madrid?

—Sí. Según la dirección que tengo, vive a unos tres kilómetros de tu domicilio.

—Espera que busque algo para tomar nota.

—No te preocupes, te mandaré los datos por correo electrónico. Pero no vayas a cometer ninguna locura.

—Tranquilo. ¿Y qué más sabes?

—Por ahora solo tengo dos fotos, una de 1982 y la otra de 2001; también calle y número, aunque sin datos del piso. Pero piensa que podría haberse cambiado el nombre. Posiblemente se ha refugiado en España para evitar condena. Y de ser así, quién sabe desde hace cuánto tiempo...

—¡Muy bien, primo! —apreté el puño.

—Seguiremos buscando información y, si encontramos algo más, te lo haré saber.

—Muchas gracias por todo. Intenta descansar —me despedí.

Otra vez me vinieron a la cabeza aquellos ecos de suplicios. Una oleada de imágenes y sensaciones de impotencias y tormentos. Aunque ahora tenían, al menos, un nuevo sabor a justicia.

Julia me preguntó si pasaba algo, dada la inquietud que transmitía mi cara.

—Nada importante —mentí—. ¿Quieres café?

—Con una de azúcar.

A los cinco minutos volví con las tazas y con la cabeza perdida en un laberinto de sensaciones.

—¿Quién te ha llamado tan temprano? —me preguntó frotándose el cabello.

Le contesté que mi primo. Le hablé acerca de su ocupación y su deseo (y el mío) de vengar la desaparición de mis padres y de hacer justicia por todas las torturas, atrocidades y homicidios que había dejado aquella dictadura.

—¿Con que nada importante, eh?

Me pidió que le contara con detalle lo que les había ocurrido, pero no tenía ganas de hablar.

—Anda, dime. Te hará bien desahogarte.

Su muestra de interés me animó a contarle la historia que mi abuela, a su vez, me había contado a mí:

—En 1981, cuando yo tenía un año, cinco hijos de puta patearon la puerta de nuestra casa en Buenos Aires. A mi padre lo recibieron a golpes. Lo sentaron en una silla y le preguntaron sobre unos nombres que traían apuntados en una agenda. Cada vez que daba una respuesta esquivada o decía «no sé» le golpeaban dos matones, al tiempo que le preguntaban si estaba seguro de no querer volver a ver a su familia. Los otros tres se fueron a registrar la casa. Mi abuela Catalina se ocupó de mí. Me protegió a pesar de las amenazas. Después, dos de ellos se llevaron a mi madre a una habitación. Mi abuela no quiso darme detalles, pero yo sé que no lo pasó bien.

—¿La violaron?

—Supongo.

Julia me abrazó y posteriormente me alcanzó la taza de café.

—Y entonces, ¿qué pasó?

—Por último, se reunieron en el comedor y aquellos cerdos le dijeron a mis padres que cogieran algo de ropa para acompañarles a aclarar algunos asuntos durante unos días y que luego ellos

mismos se encargarían de traerlos de vuelta a casa. Nunca más regresaron.

—Debe de haber sido muy duro. —Julia me dedicó una mirada arropada en un gesto de conmoción.

Asentí con la cabeza.

—Mi primo me ha llamado para darme el nombre, un par de fotos y la dirección de uno de los ex-represores.

—¿Y qué piensas hacer con eso?

—Supongo que justicia.

—¿Cómo?

—Tendré que planear algo. Pero primero quiero encontrar a ese cerdo y verle la cara.

